

## 1 Tesalonicenses 1:1-12

Sermón antepenúltimo domingo del año eclesiástico. 1 Tes. 1:1-12

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

<sup>3</sup>Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás. <sup>4</sup>Tanto es así que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. <sup>5</sup>Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis.

<sup>6</sup>Es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, <sup>7</sup>mientras que a vosotros, los que sois atribulados, daros reposo junto con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, <sup>8</sup>en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. <sup>9</sup>Estos sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, <sup>10</sup>cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron; y vosotros habéis creído en nuestro testimonio.

"Por esta razón también oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder. <sup>12</sup>Así el nombre de nuestro Señor Jesucristo será glorificado en vosotros y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

Mi tío es músico. Entre otras cosas escribió varias composiciones de música para la iglesia. Una de ellas fue una versión para coro del Salmo 98. Lo que le motivó a escribir fue que casi todas las versiones musicales que conocía de ese salmo adoptaban un tono lúgubre al llegar al último versículo: "porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con rectitud". Sin embargo, en el salmo esto se da como un motivo más bien para que los ríos aplauden y los montes se regocijen. Cristo también exhortó a sus creyentes que al ver las señales de que se acercaba el juicio final, deberían "levantar sus cabezas, porque su redención se acerca". Mi tío quería que al cantar el salmo esa nota de gozo por el juicio de Dios predominara.

Pero ¿por qué tantas versiones con tono de terror y tristeza cuando tocan ese tema? ¿Y por qué podemos los cristianos más bien considerar el juicio final un motivo de ánimo? De eso trata nuestro texto de hoy, y meditaremos sobre él con el tema:

**Ánimo en la tribulación en vista del juicio de Dios.**

Pablo escribe a una congregación que tenía sus problemas debido a sus particulares circunstancias. Les faltaba cierto conocimiento, puesto que el apóstol, debido a la persecución, fue obligado a dejarlos poco después de iniciar la obra allí. Así tuvo que escribir sus dos cartas a los tesalonicenses para despejar dudas y aclarar conceptos doctrinales. Pero en muchas cosas eran una congregación modelo. La persecución no se había desaparecido con la partida de Pablo. Sin embargo, en vez de desesperarse y abandonar la fe, se habían manifestado firmes y fieles, tanto que su reputación se había extendido por toda la región, y Pablo mismo y sus compañeros alababan el ejemplo de los tesalonicenses en todas las iglesias.

Pero Pablo también estaba consciente de que la oposición y sufrimiento constante pueden agotar, pueden llevar al desánimo y finalmente a perder el calor de la fe. No quiere que esto suceda con sus queridos tesalonicenses. Así que les recuerda, primero, que hay muchas cosas de que agradecer a Dios aun ahora. En la misma forma en que se dirige a ellos, les recuerda que por la fe están íntimamente ligados con Dios Padre y con el Señor Jesucristo. Les recuerda que el Padre es “nuestro” Padre, que en Cristo ha adoptado a cada creyente para ser parte de su familia en Cristo Jesús.

En el deseo que incluye en casi cada una de sus cartas, les recuerda las dos grandes bendiciones salvadoras que Dios da a sus cristianos, su “gracia y paz”. Sin que lo hayan merecido, Dios los ha amado y por esto ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino más bien tenga vida eterna. El Hijo de Dios ha venido a este mundo, se ha cargado de nuestros pecados, y ha pagado el precio completo para nuestra redención, de modo que los que antes éramos enemigos de Dios ahora estamos en paz con él, mediante el perdón de todos nuestros pecados.

Así que Pablo se siente obligado a dar gracias a Dios por lo que escucha de los tesalonicenses. Menciona especialmente el crecimiento de su fe. Como el ciego en el Evangelio de Juan, a quien todos los intentos de los oficiales de amedrentarlo sólo le

dio más claridad y le fortaleció su fe en que Jesús era el Mesías, los tesalonicenses frente a la incesante persecución sólo crecieron en la profundidad y fuerza de su fe.

También han crecido en su amor unos por otros. De hecho, en esto la congregación de Tesalónica parecía ser un modelo. Abunda el amor, y todos lo practican para con todos. “De cada uno de todos ustedes unos con otros” es lo que literalmente dice Pablo. En esto manifestaban ser verdaderos discípulos de Jesucristo, porque él había dicho: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Jn 13:35).

La otra cosa que Pablo menciona de los tesalonicenses es su paciencia con que han estado sufriendo la tribulación y persecución. Esta firmeza que les permitía mantenerse con la fe aun en medio de severas pruebas, junto con las demás cosas que Pablo ha mencionado, claramente son el resultado de la acción de Dios mismo en ellos, porque tales frutos de fe los hombres no los pueden producir por ellos mismos. Así que Pablo, cuando reconoce estos hermosos frutos del evangelio, no puede sino dar gracias a Dios por ellos.

No es que la congregación estaba sin problemas. Hubo personas que persistentemente rehusaban trabajar y se entrometían en los asuntos ajenos. Hubo quienes estaban confundidos acerca de la doctrina de la muerte y la segunda venida de Jesús. Pero esto no cegó a Pablo a los frutos verdaderamente hermosos de la obra del Espíritu mediante el evangelio en la vida de estos queridos hermanos en Tesalónica.

¿No hay algo que nosotros podemos aprender aquí? Seguramente también en nuestra iglesia hay defectos. También en nuestra iglesia hay quienes no tienen un entendimiento tan profundo como deben de todo lo que significa ser redimido del pecado por nuestro Señor Jesús. Tal vez el amor cristiano no es tan profundo y generalizado como estuvo en la congregación de Tesalónica. Pero eso no debe cegarnos a las muchas bendiciones que Dios ha derramado sobre nuestra iglesia y sus miembros, a la fe que ha implantado en el corazón de muchos por medio del evangelio, y a la preocupación y amor unos por otros que muchas veces se manifiestan. Cuando somos alertas para estas cosas, nos sentiremos obligados también a decir con Pablo: “Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno”. Oraremos que Dios nos ayude a todos a crecer también, pero daremos las gracias por las muchas bendiciones

que Dios ya ha derramado sobre nosotros y nuestros hermanos en la fe.

Pero para darnos mayor ánimo, Pablo también nos asegura que habrá mucha más razón en el futuro para agradecer a Dios. A los cristianos que ahora sufren les presenta la situación que prevalecerá cuando Cristo vuelva para juzgar a los vivos y a los muertos.

Durante esta vida muchas veces hay discriminación contra cristianos fieles, y muchas veces esto se convierte en abierta persecución contra quienes fielmente confiesan a Cristo. Esto fue el caso con los tesalonicenses que, por instigación de los judíos

incrédulos que habían rechazado el evangelio, hacían todo lo posible por destruir la joven congregación cristiana en su ciudad. Cuando parece que son los incrédulos los que tienen todas las ventajas, que ellos son los que prosperan, que no tienen problemas, mientras que ser cristiano acarrea burlas, sufrimientos, inclusive la muerte, aun la persona más fuerte es tentada a desesperarse, como el escritor del salmo 73: “En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies, ¡por poco resbalaron mis pasos!, porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. No se atribulan por su muerte, pues su vigor está entero” (Sal 73.2-4). Esto llevó al salmista, desesperado, a clamar: “¡Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón y he lavado mis manos en inocencia!, pues he sido azotado todo el día y castigado todas las mañanas” (Sal 73.13-14). Pero su problema fue resuelto cuando consideraba el fin de todas las cosas. “Hasta que, entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. Ciertamente, los has puesto en deslizaderos, en asolamiento los harás caer” (Sal 73.17-18).

De este justo juicio de Dios que invertirá las condiciones actuales habla Pablo también. “Es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan”. Ahora están atribulados debido a la persecución. Pero llegará el día en que los que ahora los afligen serán los afligidos, porque Dios mismo los hará sufrir. Y será un castigo justo por su oposición a sus hijos que Dios ha adoptado en Cristo Jesús.

Esto sucederá “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder”. Se refiere al gran día del último juicio cuando todos los que viven o han vivido serán reunidos ante el Señor Jesús en la presencia de los ángeles, y él juzgará a los vivos y los muertos.

Para los que rechazaron a Cristo y persiguieron a su pueblo y permanecieron en esa incredulidad será un día terrible. En verdad, para ellos un tono de terror sería apropiado en música que describiera ese día. Con terrible y eterno fuego Dios dará “retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. Se describe su castigo como “eterna perdición”, no la aniquilación, sino un terrible tormento de que no habrá alivio en toda la eternidad. Serán “excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”. Como lo pronunciará el Señor en ese día a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”.

Pero también será justo que Dios en ese día salve a los que se han apropiado por fe todo lo que Cristo ha hecho por ellos en llevar su pecado y pagar el castigo, el perdón de los pecados y el estar en la familia de Dios. Si bien como una sana disciplina Dios permite que sus hijos sufran dolor y tribulación ahora, vendrá el día en que descansen de sus labores, reciban alivio de sus dolores, y alcancen la gloria en su hogar celestial. El día del regreso de Cristo también se describe como el día cuando Pablo, los tesalonicenses, y todos los cristianos recibirán reposo. También los que ahora somos abatidos al parecer la escoria del mundo, entonces seremos glorificados junto con nuestro Señor. El hecho de que hemos soportado, hemos perseverado en la fe, hemos creído y sido fieles a Jesucristo redundará para la gloria de Cristo en ese día, cuando todos tendrán que reconocer su gloria y admirarse de él y lo que ha hecho por su pueblo, pero nosotros también seremos “glorificados en él”. Y todo esto sucederá “por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”. No será por nuestra fuerza ni será nuestro mérito el haber perseverado en la fe en Cristo hasta el fin. Esto será exclusivamente obra del Espíritu Santo mediante el mensaje apostólico en que hemos creído. Pero escucharemos por gracia esas benditas palabras de la boca de nuestro Salvador: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”.

Y para los que van a escuchar esas benditas palabras al final, el día será un día de gozo y deleite. Un día que, anticipándolo, podemos encontrar fuerzas para soportar todo lo que venga a nosotros por causa de nuestra fe ahora. Podemos saber que el Señor que nos ha llamado para ese fin también nos preservará, y cumplirá la oración de Pablo para los tesalonicenses también en

nosotros: “que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder”. Así, ánimos, hermanos. Aguardemos con paciencia su venida, aunque seamos afligidos y atribulados muchas veces ahora. Sepamos con seguridad que lo poco que sufrimos ahora ni es digno de compararse con la sobreabundante gloria que nos espera con Cristo. Dios lo conceda. Amén.